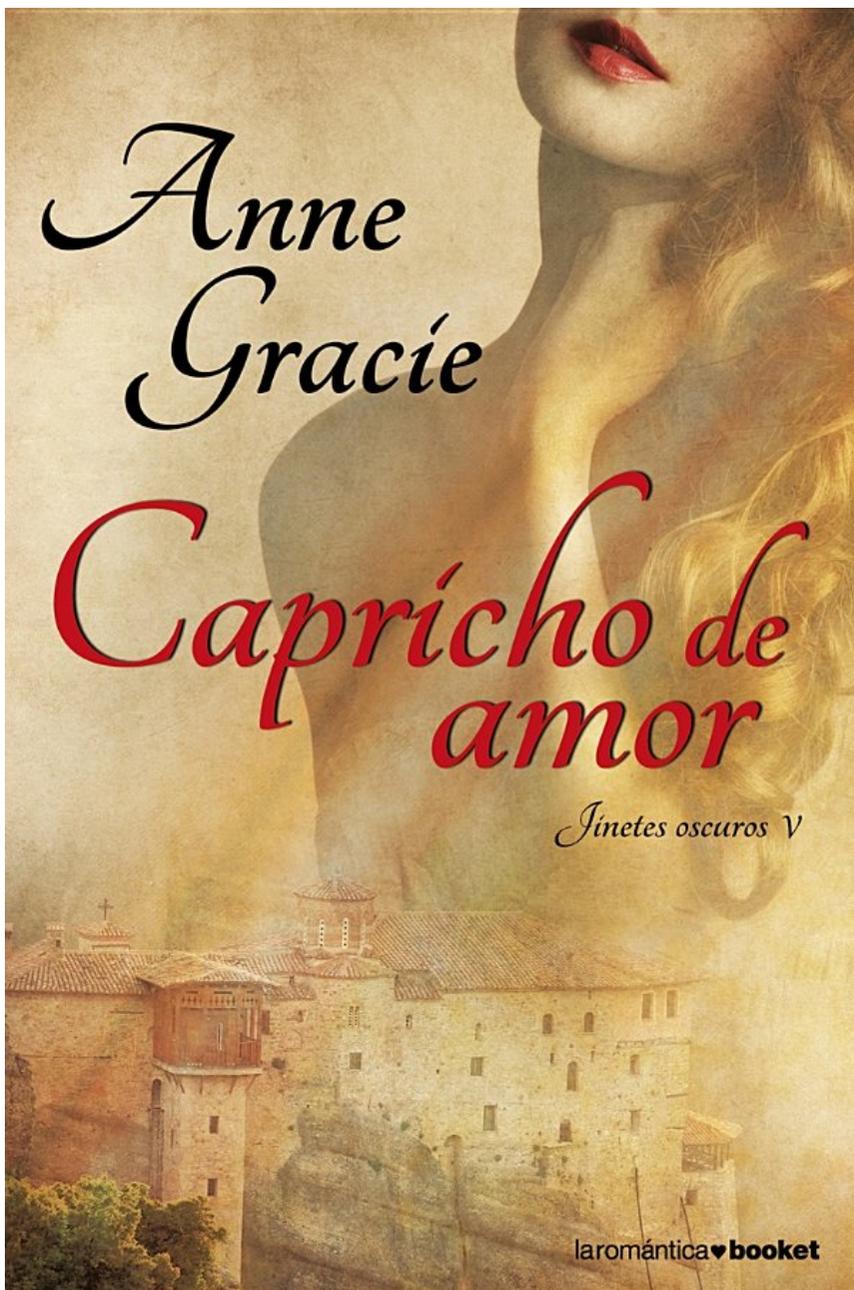


Anne
Gracie

Capricho de
amor

Jinetes oscuros V



Índice

Portada
Capricho de amor
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Epílogo
Créditos

Capricho de amor

Capítulo uno

Londres, 1819

—¡Estás loco, Ripton!

Luke Ripton se encogió de hombros y recogió las riendas.

—El carruaje tiene arreglo, Jarvis. Por lo menos tus caballos están ilesos.

—¡Pues no será gracias a ti! —respondió Jarvis con un gruñido—. Adelantarme de esa manera... Faltó un pelo para que me rozaras las ruedas...

—Pero no las rocé —lo interrumpió Luke con frialdad. Jarvis llevaba el coche como una quisquillosa damisela—. No tenías por qué virar tan bruscamente; sólo tenías que mantener la calma.

—¿Mantener la calma? ¡Pero qué cara más dura! Ya te daré yo a ti calma...

Jarvis dio un paso hacia adelante, pero enseguida los amigos que habían acudido a presenciar la carrera (y a apostar en ella) lo refrenaron.

—Tranquilo, Jarvis, lord Ripton ha ganado con todas las de la ley —dijo uno de ellos.

—Fuiste un imbécil al desafiarlo, para empezar —intervino otro, tal vez demasiado bebido como para andarse

con tacto—. Todo el mundo sabe que a Ripton le da igual vivir que morir. Eso lo hace... ¡hip!, invencible.

Luke saludó a su aún furioso adversario con una inclinación de sombrero y se marchó en su ligero carruaje. ¿Era aquello cierto? ¿Le daba lo mismo vivir que morir?

Sopesó la cuestión mientras regresaba a la ciudad. El comentario no era del todo falso, se dijo, al tiempo que giraba por Upper Brook Street. No estaba seguro de merecer vivir. Había tentado a la suerte bastante a menudo.

Pero, por lo visto, la suerte tenía otros planes para él. La carta que llevaba en el bolsillo así lo confirmaba.

Se detuvo ante la residencia de su madre en la ciudad. En realidad, la casa ahora le pertenecía a él. Era una de las propiedades que había heredado dos años antes junto con el título de lord tras el fatal accidente de barco que había costado la vida de su tío y sus primos. Pero aunque Luke quería mucho a su madre y a su hermana menor, prefería no vivir con ellas; su madre tenía tendencia a preocuparse por pequeñeces. Prefería su alojamiento de soltero, unas pulcras habitaciones en Clarges Street, donde nadie hacía preguntas sobre sus entradas y salidas.

—¡Gracias a Dios! —exclamó lady Ripton cuando Luke entró en la sala. Después tocó la campanilla para ordenar que les llevaran té recién hecho y algún trozo de tarta.

Luke besó la mejilla que le ofreció su madre.

—No llego demasiado tarde, ¿verdad?

Le había pedido que fuese a verla por la mañana, y estaban a punto de dar las once.

—No, pero estaba preocupada por ti. ¡Esas horribles carreras! No comprendo por qué...

—Porque hay impertinentes entrometidos que te preocupan con cosas que no son asunto tuyo —la interrumpió Luke. Había hecho todo lo posible por ocultarle aquellas actividades a su madre, maldita sea.

—¿Que no es asunto mío? Mi hijo, mi único hijo varón, jugándose la piel en el más temerario...

—Mi piel se encuentra en perfecto estado, mamá. Te pido disculpas por cualquier inquietud innecesaria que haya podido causarte —contestó Luke secamente. Cuando averiguara quién había estado contándole chismes a su madre le retorcería el pescuezo—. Y bien, ¿qué era eso de lo que querías hablarme?

Como si no lo supiera. La inminente presentación en sociedad de Molly era el único tema de conversación de su madre y su hermana. Aunque le había dado carta blanca para que encargase cuanto deseara, su madre seguía queriendo que aprobara todos los preparativos; era su forma de recordarle que él era el cabeza de familia. ¿Cómo reaccionaría si un día le hiciera una sugerencia propia?

Su madre era viuda desde que Luke iba a la escuela y Molly era una cría. Más tarde, al cumplir los dieciocho años, Luke decidió tomar parte en la guerra que se estaba librando lejos de allí, y durante todo el tiempo que estuvo lejos de su hogar, su madre se las había arreglado para presentar en sociedad y casar con éxito a sus dos hijas mayores. Estaba acostumbrada a llevar la batuta, aunque si alguien hiciera semejante insinuación se quedaría horrorizada. Decidir era tarea de hombres.

Así pues, todas las semanas Luke aguantaba aquel ritual: su madre le contaba sus planes y le presentaba los gastos y él les daba el visto bueno.

Se bebió el té y escuchó a medias sus últimas palabras. Aquel día tenía aún menos interés de lo acostumbrado por los preparativos. Debía hablarle sobre la carta que llevaba en el bolsillo.

A su madre no iba a gustarle.

—Bien, y a propósito del baile, he pensado que sería una buena idea dar antes una cena. Molly y yo hemos con-

feccionado una lista de unos cuarenta invitados, pero quizá tú desees incluir a alguien más en ella. No me refiero a los queridísimos Rafe, Harry o Gabe y a sus respectivas esposas, desde luego... ya están en la lista, como es natural. Molly no ha olvidado que, cuando aún era una niña, todos le prometisteis bailar con ella el día de su presentación en sociedad. Gracias a Dios volvisteis todos de la guerra.

«Todos no», pensó Luke, aunque por entonces su madre no conocía muy bien a Michael.

—¿Hay alguien especial a quien desees que invitemos? ¿Alguna dama en particular? —preguntó ella, recalcando la cuestión con delicadeza.

—¿A lady Gosforth? —respondió Luke; así se llamaba la tía abuela de sus amigos.

Su madre le dio una ligera palmada en la mano.

—No seas irritante, Luke. Sabes muy bien lo que quiero decir. Han pasado ya dos años desde que heredaste el título de tu tío, y ya hace tiempo que deberías pensar seriamente en el matrimonio.

Ah. Su oportunidad. Luke dejó la taza de té sobre la mesa.

—En cuanto a eso, he estado pensando en el matrimonio seriamente.

Pero que muy seriamente, en realidad.

Su madre se inclinó hacia adelante con expresión ilusionada.

—¿Tienes en mente a una esposa?

—Más que en mente: casi en la mano, podría decirse.

Luke tragó saliva. Confesar lo que había hecho era más difícil de lo que creía.

—¿Casi en la mano? No te entiendo. ¿Quieres decir que estás a punto de hacer una proposición de matrimonio?

—No. Que estoy casado.

—¿Casado? —La taza de té de lady Ripton dio con estrépito en la mesa—. ¡No hablarás en serio!

—Sí que hablo en serio. Muy en serio.

Luke se puso en pie y fue a buscar la licorera del jerez.

—Pero ¿cuándo te has casado? ¿Y con quién? ¿Y por qué...?

Él le sirvió una copa de jerez al tiempo que pensaba en el mejor modo de presentar su matrimonio desde la óptica más favorable. No iba a ser fácil. No estaba seguro de que hubiese una óptica favorable.

Lady Ripton cogió la copa con ademán distraído.

—No me digas nada: es una arpía intrigante que te ha engañado para...

—¡Nada de eso! —intervino él con firmeza—. No me tomes por imbécil, mamá. Es una dama muy respetable, de muy buena cuna...

—Una viuda —dijo su madre con voz apagada.

—Ni mucho menos. Es joven, tiene la misma edad que Molly: aún no ha cumplido los veintiuno.

Su madre lo miró con gesto sagaz; algún inconveniente debía de haber.

—¿Cómo se llama? ¿A qué familia pertenece?

—Se llama Isabel Mercedes Sánchez y Vaillant, y es la hija única del conde de Castillejo.

Las elegantes cejas de su madre se acercaron de golpe.

—¡Extranjeros!

—Aristocracia española.

El comentario sonó a discreta reprimenda.

—Refugiados. —Lady Ripton dio un suspiro—. Imagino que estará sumida en la más terrible pobreza.

—Al contrario, es una heredera. Y además no es ninguna refugiada.

Lady Ripton frunció el ceño con aspecto perplejo.

—No he oído que ninguna heredera española esté de visita en Londres. ¿Dónde la has conocido?

—En España, durante la guerra.

—¿Cómo que durante la guerra? —Su madre parpadeó—. ¿Hace tanto? Y entonces, ¿qué ha estado haciendo todo este tiempo?

—Coser y estudiar sus lecciones, supongo.

—Coser... —Lady Ripton dejó la frase sin terminar, le dirigió una severa mirada y su voz adoptó un tono digno—. No es momento para bromas, Luke. ¿Por qué no me ha sido presentada? ¿Por qué no me has presentado a sus padres? ¿Y a qué viene esta boda furtiv...?

—Sus padres han muerto. Y no la has conocido por la sencillísima razón de que aún sigue en España.

Luke no estaba bromeando.

—¿En España? —Su madre frunció el ceño—. Pero si hace años que no estás en España. No lo entiendo. ¿Cómo te has casado con una muchacha que aún está en España?

Luke desvió la mirada.

—La boda tuvo lugar hace algún tiempo.

Ella se inclinó hacia adelante con el desasosiego pintado en su rostro.

—¿Hace cuánto?

—En marzo de 1811.

Lady Ripton hizo cuentas.

—¿Hace ocho años? ¿Cuando tú tenías diecinueve? —Se quedó mirándolo fijamente, con el ceño fruncido de desconcierto—. ¿Y en todo este tiempo no se te ha ocurrido contármelo? ¿Por qué, Luke?, ¿por qué?

—En su momento me pareció que era lo correcto.

Era la única explicación que podía dar.

Mientras Luke cerraba los ojos como si todo aquello le sobrepasara, su madre se echó atrás en la butaca y empezó

a abanicarse, a pesar de que a aquellas alturas de marzo no hacía ni pizca de calor.

—Pero... —Abrió los ojos de golpe y se enderezó bruscamente—. ¿Cuántos años tiene esa muchacha? En 1811 Molly era una niña de...

—Trece años. Y, sí, Isabel tenía trece años cuando me casé con ella.

—¿Que te casaste con una niña? —casi gritó lady Ripton—. ¡Oh, qué vergüenza cuando esto trascienda!

—No tengo la más mínima intención de dejar que se sepa.

—Pero Luke... ¡Trece años...! ¡No era más que una niña! ¿Cómo pudiste?

Su madre lo miró con una expresión horrorizada.

—No seas ridícula, mamá —contestó Luke con aspereza—. Claro que no llegué a tocarla. ¿Por quién me tomas? —Pero en los ojos de su madre siguió viendo confusión e inquietud—. Me casé con ella para protegerla, por supuesto. Y después la dejé al cuidado de su tía, que es monja.

Lady Ripton meneó la cabeza y, con voz resignada, dijo:

—Y además, católica. Debí figurármelo. —Hizo girar el jerez con gesto pensativo unos momentos y luego apuró la copa—. Anularemos ese matrimonio —añadió en tono resuelto.

—No lo anularemos.

—Pero si aún no tenías veintiún años, no tenías la edad legal de casarte sin permiso paterno. Y si la muchacha está intacta, la anulación es...

—No.

—Pero claro que sí. Has de acudir a...

—Mamá.

Lady Ripton se mordió el labio y se calló.

Luke dijo:

—Solicité la anulación. Me la han denegado.

—¿Basándose en qué...?

—El matrimonio es legal, mamá —respondió Luke con una voz que no admitía discusión. No tenía intención de explicarle a su madre ni a nadie más por qué la anulación era imposible.

Ella lo miró, consternada, pero vio la expresión decidida de sus ojos.

—¿Y qué vas a hacer?

—Cumplir con el matrimonio, desde luego. No tengo otra opción.

—¿Y la muchacha?

—Ella tampoco tiene otra opción.

—Eso deduzco, Luke, pero ¿qué opina? ¿Qué le parece?

Luke miró a su madre con gesto inexpresivo.

—No tengo ni idea. Da igual lo que opine o le parezca: el matrimonio es legal y no hay manera de dar marcha atrás... Espero que no haga falta decirte que no has de contárselo a nadie, mamá.

—Por supuesto —murmuró su madre.

—Los españoles están acostumbrados a los matrimonios concertados, esto no será distinto. Además ella se ha educado en un convento.

Su madre lo miró, perpleja.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Habrá adquirido el hábito de la obediencia —explicó Luke—. Las monjas consagran su vida a la pobreza, la castidad y la obediencia.

Su madre parpadeó.

—Ya entiendo —dijo débilmente.

—De modo que no hay más que decir. Me voy, pues.

Luke se levantó para marcharse.

—Luke Ripton, no te atrevas a poner un pie fuera de esta habitación hasta que hayas acabado de explicármelo.

Él alzó una ceja.

—Te he dicho todo lo que necesitas saber.

Su madre puso los ojos en blanco.

—Qué propio de un hombre.

Por lo visto aquello era una acusación, aunque Luke no alcanzaba a comprender qué había de malo en ello. Pero era evidente que su madre sentía la necesidad de hablar largo y tendido del asunto. De mala gana, volvió a sentarse.

—¿Por qué no me has hablado de tu casamiento antes?

—Creí que no importaba.

En realidad había creído que no sobreviviría. O que anularían el matrimonio.

—¿Que no importaba?

Su madre se quedó boquiabierta, algo inusual en ella.

—Estábamos en guerra, mamá. Podía suceder cualquier cosa. A ella. A mí... —Se encogió de hombros—. Pero no fue así.

Lady Ripton cerró la boca y volvió a abrirla. Luke se apresuró a añadir:

—Tomé las disposiciones necesarias para el caso de mi muerte. Tuve en cuenta a todo el mundo, no tenías de qué preocuparte.

En silencio, ella clavó la vista en él.

—Sólo de la pérdida de mi hijo.

Luke se encogió de hombros otra vez.

—Pero eso no ocurrió. Y en cuanto a cómo reaccionará la sociedad elegante ante la noticia de mi matrimonio, he pensado hacer correr el rumor de que voy a viajar a España con cualquier otro motivo...

—¿Visitar tus propiedades españolas? Es la única parte de la herencia que has descuidado.

Luke se puso tenso pues no le agradaba aquella acusación, aunque era muy cierta. Había pensado liquidar las

propiedades españolas, no quería tener nada que ver con ellas, pero el destino había dado un giro y ahora debía regresar al país que había jurado no volver a pisar.

—Por ejemplo. Y, después, volver con una esposa española del brazo.

—Imagino que puede hacerse —convino su madre—. Pero, ay, Luke, ¡cuánto me entristece todo esto! Siempre he soñado que conocerías a una encantadora muchacha que te...

—Un matrimonio de conveniencia me irá de maravilla —respondió él con voz tajante—. Y bien, ¿hay algo más que desees saber antes de que me marche?

No tenía sentido dejar que su madre siguiera hablando de sus sueños: ella deseaba para él la clase de matrimonio que ella había tenido con su padre. Pero éstos eran los sueños de su madre, no los suyos.

Los sueños de Luke... Un escalofrío recorrió su espalda de arriba abajo. Cuanto menos se hablase de ellos, mejor.

—¿Es bonita al menos?

Luke pensó en la última vez que había visto a Isabel, en su rostro magullado e hinchado, y en aquella nariz demasiado grande, como una fea cría de pajarillo, recién salida del huevo.

—Tenía trece años, mamá. En ocho años habrá cambiado.

Eso esperaba, al menos.

Su madre notó que él eludía la pregunta.

—¿Me agradecerá?

—No lo sé —contestó Luke con expresión de impotencia—. Sólo la vi un día, y fue en circunstancias extraordinarias. ¿Quién sabe cómo será ahora? Bueno, de veras que tengo que irme ya.

—Otra cosa...

Luke esperó. Se produjo un largo silencio. Su madre se removió inquieta en la butaca, al tiempo que daba vueltas a un pañuelo entre los dedos.

—Luke, sé que no te gusta hablar de... de... y sabes que yo siempre he respetado tu intimidad, pero ahora he de preguntarte. ¿Qué fue lo que ocurrió en España, eso de lo que no quieres hablar?

Él se puso tenso y apartó la vista.

—No sé a qué te refieres.

Dulcemente, lady Ripton dijo:

—Aunque optes por no admitirlo, eso no significa que tu madre no intuya que algo terrible te sucedió en España.

—Fui a la guerra, mamá —contestó Luke con aspereza—. La guerra cambia a las personas.

—Lo sé —repuso ella en voz baja—. Lo vi en todos vosotros. Todos regresasteis cambiados. Pero en tu caso, hijo del alma, había algo más, algo más personal que te había herido más profundamente.

Él casi se estremeció al oír las palabras de su madre. Entonces se recordó que ella no podía saberlo. No lo sabía nadie. No había hablado de ello con nadie, ni siquiera con Rafe, Harry o Gabe.

—He visto a tus amigos recuperarse y echar raíces, uno por uno, pero a ti no... Fuera lo que fuese, aún te obsesiona.

Luke se obligó a responder en tono despreocupado.

—Pues bien, sea lo que sea eso que imaginas que me obsesiona, no es este matrimonio. Para ser sincero, apenas he pensado en él. Sólo era una niña, de la edad de Molly, que estaba en un aprieto, y al desposarla la salvé de un horrible destino. Pensé que obtendríamos la anulación cuando ella cumpliera los veintiuno, pero...

Extendió las manos en un gesto fatalista. Antes de que su madre pudiera insistir, se puso de pie.